

- Sarlo, Beatriz y Altamirano, Carlos (1983). *Literatura y Sociedad*, Buenos Aires: Hachette.
- Seoane, María (1997). *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Terán, Oscar (1993). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*, Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto.
- Verbitsky, Horacio (1995). *El vuelo*, Buenos Aires: Editorial Planeta.

## **La escritura testimonial y las memorias de Trelew en *La patria fusilada* de Francisco Urondo y *La pasión según Trelew* de Tomás Eloy Martínez**

MARIANA BONANO  
UNT-CONICET

*Desde aquella vez que no sabemos qué hacer con las historias, con los muertos que no aceptan su desdichada condición, no sabemos qué hacer con el miedo; no sabemos encontrar nuestras manos, nuestra tristeza. El mundo inconsistente.*

Francisco Urondo, *Del otro lado*.

En la década de 1970, las experiencias de los golpes militares, tanto en Chile como en Argentina, activan una escritura testimonial que expone el panorama de la “experiencia colectiva de la violencia del estado contra los individuos” (Nofal: 2002, 58). La palabra testimonial se erige como práctica de resistencia: frente al terrorismo de estado y a las violaciones sistemáticas de los derechos humanos, busca restituir los datos que han sido sustraídos de la memoria oficial. Siguiendo a Hugo Achugar (1992), podemos señalar que estos textos se construyen como “contrahistorias”, pues “su deseo es desmontar una historia hegemónica” y, paradójicamente, “construir otra historia que llegue a ser hegemónica” (50).

Los textos del corpus testimonial sobre la dictadura, si bien muestran ciertos núcleos<sup>1</sup> que los vinculan a otros testimonios latinoamericanos, tales como el de Moema Viezzer, *Si me permiten hablar... Testimonio de Domitila Barrios, una mujer de las minas de Bolivia* (1977), o el de Miguel Barnet, *Biografía de un cimarrón* (1977), poseen rasgos diferenciales. En contraste con los “testimonios canónicos” (Nofal:2002), caracterizados por “un sistema desigual de negociación de la palabra escrita ya que el informante es, en general, iletrado” (13), los testimonios sobre la dictadura delimitan un espacio discursivo altamente ideológico y retórico, donde conviven en tensión las evidencias documentales y las interpretaciones sobre los acontecimientos. Se afilian al tipo discursivo que Nofal (2002) delimita como “testimonio letrado o intelectual”, caracterizado como el “relato de una experiencia personal”, donde “frente a la violencia del Estado sobre una parte de los individuos, el intelectual asume el papel de dar voz a las víctimas, explicar la sinrazón de esta violencia y defenderlos en un juicio siempre inexistente” (63). El trabajo del autor del testimonio definido como “intelectual” es “un modo de dar coherencia y unidad a la conciencia disgregada y contradictoria que surge de la experiencia ‘en bruto’” (39). Así, la voluntad de verdad<sup>2</sup> que expresan los textos va unida a la construcción de un relato que intenta asignar sentido a los hechos del pasado, recreándolos en función de una ideología.

Este trabajo analiza los términos en los cuales dos escrituras testimoniales reconstruyen los episodios ocurridos en la ciudad de Trelew, en el año 1972.<sup>3</sup> Examina las modalidades discursivas desplegadas así como las posiciones asumidas por los autores en tanto intelectuales que buscan ordenar y otorgar significado a los hechos silenciados, para conjurarlos.

Tanto *La pasión según Trelew*, de Tomás Eloy Martínez, como *La patria fusilada*, de Francisco Urondo, presentan las marcas delimitadas por Nofal para el testimonio intelectual en la Argentina: el fuerte matiz político, la denuncia de las ilegalidades y abuso de poder por parte del Estado, el papel del intelectual como justiciero y defensor de las víctimas de la violencia estatal. Dos rasgos especifican, a nuestro criterio, los textos a analizar: 1) su carácter de narrativas orientadas a la restitución de la memoria de los hechos pasados; 2) su función denunciatoria, en tanto prácticas dirigidas a “desnudar” los acontecimientos silenciados por las versiones oficiales.

Las modalidades testimoniales que estas escrituras instituyen resultan, sin embargo, diferentes. *La pasión según Trelew* da cuenta del atropello ejercido por el gobierno militar sobre los ciudadanos, y, simultáneamente, desmiente la versión oficial del asesinato de los guerrilleros en la cárcel de Trelew. *La patria fusilada*, en cambio, no sólo recrea los hechos de la masacre con el fin de denunciar un delito del Estado, sino que apela a la voz de los sobrevivientes como estrategia de lucha revolucionaria. El relato construido en el primero es producto de una labor de investigación periodística. El segundo, por el contrario, se plantea como una memoria de la militancia: los guerrilleros sobrevivientes se delinean como héroes con clara conciencia revolucionaria.

Siguiendo la propuesta de Nofal tendremos en cuenta dos elementos en la exploración de los textos: el lugar del intelectual y la construcción de los enemigos.

### ***La patria fusilada.*<sup>4</sup> El testimonio de la militancia y las consignas revolucionarias**

En 1973, el sello editorial de la revista *Crisis* publica el testimonio *La patria fusilada*, un reportaje realizado por Urondo a los tres sobrevivientes de la masacre de Trelew. Este hecho, ocurrido el 22 de agosto de 1972, guarda relación con otro episodio, la fuga del penal de Rawson, acontecida el 15 de agosto anterior. Como se sabe, ésta fue una operación político-militar llevada a cabo por los presos políticos de tres organizaciones armadas: ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y Montoneros. El objetivo, según los testimonios de los protagonistas, era el de recuperar “compañeros” y golpear al enemigo (las fuerzas militares entonces en el poder), con el fin de debilitarlo.<sup>5</sup>

El reportaje que activa el testimonio se desarrolla en la cárcel de Villa Devoto, donde Urondo comparte con los sobrevivientes de la masacre la condición de preso político y militante de las organizaciones armadas.<sup>6</sup> Las circunstancias en las que se lleva a cabo son explicitadas por el propio autor al comienzo de su libro.

Fue en la noche anterior a nuestra salida de la cárcel de Villa Devoto, es decir, la noche anterior a la asunción del gobierno popular. El 24 de mayo a las 9 de la noche empezamos a grabar (...) La planta fue tomada y esto nos permitió intercomunicarnos entre los pisos, vernos, cosa que antes no ocurría. Así me pude reunir con Alberto Camps y Haidar, que estaban en el celular del segundo piso, y con María Antonia Berger, que estaba en el quinto. Entonces nos metimos en una celda y nos pusimos a conversar sobre lo ocurrido en Trelew (7).

El texto parece acercarse a la consigna benjaminiana de “pasarle a la historia el cepillo a contrapelo” (Benjamin: 1989, 182). Por una parte, mediante la apelación a la voz de los protagonistas, el testimonio se articula como “contrahistoria”; refuta la versión oficial de los hechos que pretende convertir una acción irracional e injustificada en un acto defensivo y “necesario”, tendiente a evitar el intento de fuga por parte de los detenidos.<sup>7</sup> Por otra, el relato de la experiencia por los sobrevivientes constituye un antídoto contra el olvido, una manera de exorcizar la muerte; es, al decir de Michel de Certeau (1993), un “trabajo de la muerte y trabajo contra la muerte” (19).

A.M.C.: A veces, cuando alguien se acerca y dice, “me podés contar si a vos no te molesta” [sic]. Para nosotros relatar lo de Trelew es una obligación. Para con nuestro pueblo, por todos los compañeros que murieron allí, que aportaron con su muerte, con su lucha, a todo este proceso. A mí me alegraba que todas las personas que fui tratando después, cuando me trajeron acá, no ponían en duda que había sido una masacre. Simplemente querían conocer bien como habían sido los hechos (123).

En cuanto a la posición que asume el intelectual-entrevistador, podemos marcar una distancia respecto del intelectual-intermediario del “testimonio canónico”, cuyo informante es, en general, iletrado. A diferencia de aquél, no se sitúa “fuera” de los hechos y de la situación de los sujetos interpelados; abandona la posición de neutralidad para sentirse “muy complicado con ellos, muy complicado, y con esa mezcla: la necesidad de cuidarlos” (12). En sus intervenciones, enuncia estimaciones y esboza interpretaciones.<sup>8</sup> Como denunciante de una “tragedia colectiva”, no sólo interviene “alguna vez, para retomar un tema pendiente” (10), como él afirma, sino que deja escuchar su voz, reflexionando e interpretando los hechos, analizando críticamente la operación de la fuga y disintiendo respecto de la opinión de otros guerrilleros. Las preguntas que el sujeto interpelante formula no hacen sino confirmar la tendencia general del enunciado a evaluar críticamente las circunstancias en las que se concretó la fuga de Rawson y las acciones guerrilleras perpetradas antes de la masacre.

*¿Se puede hablar de una evaluación incorrecta teniendo en cuenta los elementos de juicio que había en ese momento?(...); ¿Te parece que era posible en ese momento haber previsto esa reversión del proceso?(...); ¿Así que el error estaría fijado básicamente en el desconocimiento del grado de deterioro que había sufrido el enemigo en todo su campo interno y en la justa estimación del rol que jugaba Perón?(...); ¿Entonces con esta óptica, con esa limitación de detección, en ese marco se decide la operación fuga de Rawson?(16-18).<sup>9</sup>*

Los testimoniantes participan del diálogo como “ideólogos”.<sup>10</sup> Recrean los hechos desde una perspectiva ideológica adscripta a la militancia revolucionaria. Al ser interpelados, no sólo describen los acontecimientos como experiencias significativas, sino que despliegan una interpretación, articulan una autocrítica y explicitan los basamentos del proyecto de las organizaciones revolucionarias armadas.

R.R.H.: El punto de partida para ese análisis es el hecho de que los proyectos de las organizaciones armadas revolucionarias, es un proyecto de guerra popular y prolongada. Tiene un carácter estratégico, es decir, metodológicamente nosotros queremos utilizar a la guerra popular para alcanzar la toma del poder (19).

El relato de los hechos, en tanto estrategia de lucha política, constituye una obligación, un mandato que debe ser consumado por los sobrevivientes no sólo con la finalidad de salvaguardar la memoria de las víctimas, sino con el objetivo de crear y reforzar la conciencia revolucionaria. El texto opera así como “testimonio concientizador”: el énfasis no está puesto en la representación, sino en “la creación de solidaridad, de una identidad que se está formando en y a través de la lucha” (Yúdice: 1992, 212).

Las declaraciones de los testimoniados refuerzan la idea de pertenencia de la guerrilla al pueblo. Los combatientes se incluyen dentro de las clases populares. Definen un “nosotros” popular, socialista y nacional, en oposición a un “ellos” anti-popular, imperialista y traidor. Sus voces actúan como réplica del discurso oficial que sostiene la idea de la impopularidad de las organizaciones guerrilleras, y su aislamiento del pueblo. En la “Conferencia de prensa en el aeropuerto de Trelew”, incluida al final del testimonio, Pedro Bonet define a los militantes como obreros y trabajadores.

Acá hay algo que debemos agregar, aquí hay compañeros que somos parte del pueblo, creo que la composición social de los 19 que somos también lo evidencia. Acá hay obreros tucumanos, trabajadores de la zafra, compañeros campesinos, compañeros intelectuales, compañeros obreros industriales, esa es la composición social de los 19, no somos estudiantes, nada más (133-134).<sup>11</sup>

Se construyen a sí mismos como héroes. Se delinean como individuos “histórico universales” que mediante su accionar recíproco revelan poéticamente “la conexión entre la vital espontaneidad de las masas y la posible conciencia histórica máxima de los personajes dirigentes” (Nofal: 2002, 14).<sup>12</sup> Son los que pueden luchar y hablar en nombre del pueblo, debido a su preparación ideológica y a su conciencia revolucionaria. Integran la “vanguardia” insurreccional encargada de conducir el movimiento emancipatorio.

M.A.B.: (...) Además, en parte, las organizaciones armadas, de ser grupos armados, creo que hemos llegado a ser, o somos ya, los embriones de la vanguardia. Y eso va mostrando un cambio cualitativo en nuestro papel (...). (34).

El militante opera estratégicamente, sus acciones encuentran justificación en un fin último: ganar el poder para las fuerzas populares. Cada una de las operaciones que lleva a cabo es producto de una cuidadosa y detallada planificación. En la batalla que libra la guerrilla, no hay lugar para la improvisación. El militante posee una “formación integral” que legitima su pertenencia al grupo de conducción del movimiento revolucionario.

R.R.H.: Se hizo una evaluación en casi todas las organizaciones (algunas ya las tenían hechas) de cada compañero, contemplando los aspectos humanos y políticos que hacen a la formación integral del militante; iba incluido su formación política, su experiencia política y militar (26-27).

A la idea de que el combatiente es un terrorista violento e irracional, se contraponen la imagen de un militante criterioso y humanitario, capaz de realizar las tareas más diversas: desde conducir la lucha política y empuñar un arma hasta oficiar en los quehaceres domésticos.<sup>13</sup> Se trata de sujetos lúcidos y al mismo tiempo, emotivos, afectivos. El entrevistador contribuye a delinear este perfil: subraya el equilibrio, la fortaleza y la entereza como cualidades del relato de los sobrevivientes.

*Hay un clima de lucidez, por un lado, y de emotividad, por el otro, muy densos, sin que, en ningún momento, hubiera pérdidas de control o desequilibrios(...);(...) me sentí muy complicado con ellos, muy complicado, y con esa mezcla, la necesidad de cuidarlos. Ni sé por qué, porque realmente los tres han dado muestras de una enorme entereza y fortaleza en todas las circunstancias que enfrentaron entonces y pasaron después (11-12).<sup>14</sup>*

La palabra de los testimoniados está orientada hacia un objeto externo:<sup>15</sup> la versión militar de la masacre. Polemiza con ésta y denuncia la sinrazón de la matanza, producto del terrorismo de Estado.

A.M.C.: (...) Yo lo veo a Sosa que pasa despertando, por lo menos hasta mi celda llegó Sosa; después pasó Bravo diciendo “Ahora van a ver lo que es el terror antiguerrilla” que era un poco la “teoría” entre comillas que manejaba Bravo: “al terror se lo combate con el terror”. El aseguraba que nosotros éramos terroristas. De esa manera nos despertaron y, como siempre, abrían la celda, y por celda iba haciendo dejar los colchones (29-30).

El testimonio incorpora así el discurso militar para impugnarlo. En el relato de los sobrevivientes, el sentido en el que se ejerce la violencia es contrario al consignado por la versión oficial. El maltrato y la vejación son los procedimientos usados por la policía militar para intimidar a los combatientes.<sup>16</sup>

El texto opera según un sistema de oposiciones que se enfatiza a medida que progresa el relato de los hechos. Los oficiales de la Marina son los ejecutores del terrorismo de Estado; ejercen la violencia de manera gratuita y exhiben un conocimiento precario de la política y de las organizaciones de la guerrilla. La mención del General Lanusse, del teniente Bravo, del juez Quiroga, se reitera en el discurso de los combatientes. En tanto enunciado político, el testimonio construye un doble adversario identificado con esos nombres: 1) las fuerzas militares entonces en el poder, “la dictadura militar al servicio de los monopolios” (130); y dentro de éste, la Marina de Trelew, ejecutora directa de la masacre; 2) el sistema judicial nacional, fiel aliado de las autoridades represivas. Mediante la acusación reiterativa, los sobrevivientes insisten en la idea de la masacre como acto orquestado por el sistema dictatorial con el fin de debilitar el poder de las organizaciones guerrilleras.

R.R.H.: Se ha dicho que la masacre de Trelew fue una decisión de la marina, que Lanusse tuvo que asumírselo o tragárselo en contra de su voluntad o sus deseos de hacerlo. A mí me parece que, en ese sentido, no es cierto, la decisión fue una decisión conjunta, con total acuerdo. No fue un acto de delirio de Mayorga ni de ningún descolgado de la marina, sino que fue un hecho de conjunto (86).

Los sobrevivientes de la masacre encarnan el estado de opresión en el que se halla sumido el pueblo. En este sentido, la guerrilla se construye en el discurso de los testimoniados y del propio entrevistador como la culminación “natural” y “necesaria” del proceso que “*el pueblo mismo*” “*venía haciendo*” (85).<sup>17</sup> En contraposición con el accionar militar, el proceder de las organizaciones revolucionarias se legitima en la voluntad popular. Los combatientes implementan la violencia como estrategia de lucha contra el régimen opresor. En un sistema en el cual el Poder Judicial es cómplice del terrorismo estatal, el guerrillero se convierte en el “justiciero” encargado de dictar sentencia e impartir castigo a los criminales.

Contra el silencio encubridor de la justicia, la palabra testimonial se erige como arma que desnuda los hechos trágicos de la masacre. Entrevistador y entrevistados buscan restituir la memoria de los muertos en Trelew y reconstruir la verdad que ha sido borrada de los registros oficiales. Los nombres de

los dieciséis guerrilleros asesinados se incluyen al final del testimonio en una lista que lleva por título “Los caídos”. En ella se consignan las fechas de nacimiento y de detención, la profesión u ocupación laboral, y la pertenencia partidaria de cada uno de los combatientes.

La palabra logra conjurar la muerte, al enaltecerla y glorificarla. A la nómina de “Los caídos” le sigue el poema “Glorias”, de Juan Gelman, que cierra el libro. El texto, que rememora las muertes de Trelew, posee un tono triunfal. En el poema, la sangre derramada representa “la justicia por fin conseguida el trabajo furioso de la felicidad” (143); alude metonímicamente a la muerte “de los 16 fusilados” que “están regando el país” (142). Este sema, como otros (fusilados, Trelew), aparece reiteradamente a lo largo de la poesía, señalando una y otra vez el hecho que el autor quiere subrayar.

¿no está esa sangre acaso diciendo o cantando?  
¿y quién la va a velar? ¿quién hará el duelo de  
esa sangre?  
¿quién le retira amor? ¿quién le da olvido?  
¿no está ella como astro brillando amurada a la  
noche?  
¿no suelta acaso resplandores de ejército mudo  
bajo la noche del país? (143).

Los asesinatos de Trelew actúan como metonimia de la violencia y la impunidad en las que se asienta el régimen militar. Las muertes se sitúan en el espacio público. En el texto, los fusilamientos perpetrados contra los dieciséis líderes revolucionarios, más que un atentado contra las organizaciones armadas, conforman un delito contra la patria y el pueblo, un crimen de estado que quebranta el orden y las instituciones democráticas. Constituyen asesinatos políticos que despliegan metonímicamente la imagen de una *patria fusilada*.

### ***La pasión según Trelew*.<sup>18</sup> El testimonio de la movilización popular y la investigación periodística**

El libro de Eloy Martínez se publica por primera vez en 1973, el mismo año de publicación de *La patria fusilada*. En el “Prólogo de 1997” (que se incluye en la segunda edición), el autor relata las circunstancias que activan su escritura.

Dos hechos mayores sucedieron en Trelew hace un cuarto de siglo. Uno de ellos se ha desvanecido casi de la historia: el alzamiento de la ciudad entera contra el poder militar y la instauración de una comuna que duró tres días, con su propio sistema de abastecimiento y sus líderes espontáneos. El otro episodio –la matanza de dieciséis guerrilleros en una base naval– ha sido evocado con frecuencia en crónicas y libros (11).

De acuerdo con esta caracterización, el registro testimonial se orienta hacia la restitución de la memoria de la movilización popular. De modo semejante a *La patria fusilada*, el texto se presenta como “historia verdadera”, y confronta la versión oficial de los sucesos. El narrador, a pesar de no haber protagonizado los hechos que intenta reconstruir, sí ha participado en calidad de “testigo” del levantamiento popular desplegado con posterioridad a la masacre. El lugar desde el cual recoge y luego relata los acontecimientos es el del periodista que se involucra en su investigación al punto de ver su

trabajo y su propia vida afectada. Su figura se aproxima a la del periodista/detective de *Operación Masacre*,<sup>19</sup> quien, en busca de la “verdad”, compromete no sólo su palabra, sino su cuerpo. Según su propio relato, la denuncia de los asesinatos perpetrados en la base aeronaval de Trelew le vale el despido como periodista del semanario *Panorama*, y el destierro profesional.

Tal como se estilaba en aquellos tiempos temerosos, todos los diarios reprodujeron al día siguiente sólo la versión oficial distribuida por el comando de la zona de emergencia, y mi texto desentonó como un solo de batería en un entierro de angelitos. El capitán de navío Emilio Eduardo Massera llamó al dueño de la editorial para sugerirle que me despidiera, y el 24 de agosto de 1972 quedé sin trabajo, desterrado de nuevo a las listas negras del periodismo (13-14).

En tanto periodista, la historia que reconstruye no sólo va a oponerse a la versión esgrimida por el gobierno militar, sino también a la difundida por otros medios de información. La confrontación de su historia y de su proceder con los de los demás periodistas le permiten legitimar su posición y su lugar de enunciación.

Desde que me despidieron de *Panorama* por difundir una información que oficialmente era falsa, tomé la decisión de ir a Trelew para averiguar si alguien sabía lo que había pasado (14).

La búsqueda de la verdad obsesiona al narrador-cronista del “Prólogo de 1997”. Desde su perspectiva, la historia oficial, al silenciar y falsear los hechos del pasado, ha obstaculizado la construcción de un presente claro. La “resurrección” de su obra a un cuarto de siglo transcurrido desde los sucesos que relata, tiene el sentido entonces de despejar “las incertidumbres del pasado” que “siguen entretejiéndose con las oscuridades del presente” (11). Sin embargo, su retorno al pasado no es absoluto.<sup>20</sup> Aun cuando, según anota, la edición de 1997 “repite la original con pocos cambios” (14), toma distancia de los hechos, así como del relato construido en 1973.

*La pasión según Trelew* me parece la obra de otra persona, de alguien que ya no soy. Quizás escribimos sólo para ser otros (14-15).

La palabra testimonial, al recapitular el pasado en un saber, opera de manera semejante al relato histórico. El diálogo con el pasado (el muerto, el ausente) –y no la identificación con éste– posibilita el reencuentro con el presente y el diálogo con/entre los vivos.<sup>21</sup>

En 1987 regresé a Trelew para reencontrarme con los protagonistas del alzamiento popular en el viejo teatro Español, donde habíamos cantado todos juntos en días más aciagos. Cientos de personas llegaron desde los cuatro rincones de la costa patagónica para estar allí y compartir una fiesta con tortas galesas y flores del campo. Aún queda el recuerdo del amanecer en un bar cuando evocamos los años perdidos. La historia nos había marcado con su cicatriz, pero por nada del mundo queríamos que esa cicatriz se nos borrara (15).

En el “Prólogo de 1973”, el relato no focaliza la vivencia personal del periodista (que activó primero la investigación, y luego la escritura), sino los acontecimientos ocurridos en la ciudad de Trelew durante las semanas que siguieron a los asesinatos. Aquí, de igual manera que en el

“Prólogo de 1997”, el narrador plantea su escritura a partir del imperativo de desnudar la “verdad” de los hechos. Se delinea a sí mismo como cronista cuya tarea primera es organizar las múltiples “voces” del pasado, sin traicionarlo. Admite, sin embargo, que esta labor es prácticamente imposible. A sus ojos, la experiencia del pasado es irrecuperable.

Me propuse tan sólo organizar las voces de aquel coro para que su sonido no traicionara el sonido del pasado. Pero el pasado nunca vuelve a ser lo que fue. El pasado es sólo una manera de no encontrarse con el presente (18-19).

La historia se trama sobre la base de documentos, lo que confiere credibilidad al relato. Este es otro de los puntos que permiten definir a *La pasión según Trelew* como una modulación del periodismo de investigación. Al igual que en *Operación Masacre*, el relato se sustenta en las “pruebas”: crónicas de diarios coetáneas a los acontecimientos que se narran; documentos vinculados con la fuga del 15 de agosto, con los fusilamientos de la base Almirante Zar y con la movilización popular del mes de octubre; entrevistas realizadas por el narrador en la semana del 18 al 22 de octubre de 1972 a “veintitrés personas: ex apoderados de los presos, oradores y animadores de las asambleas populares, ciudadanos que fueron llevados al penal de Villa Devoto y liberados entre los días 16 y 19, e inclusive uno de los dirigentes sindicales que las consignas y discursos señalaban como delator” (19); entrevistas realizadas con posterioridad a esa semana, entre ellas, la efectuada a Gustavo Peralta, uno de los últimos ciudadanos de Trelew liberado de la cárcel de Villa Devoto.

El detalle minucioso de los pasos de la investigación, así como la precisión con que se exponen fechas, horas y números, aproximan el texto a los géneros discursivos de la crónica histórica y de la crónica periodística.<sup>22</sup> En ambos casos, la exposición de los hechos se encuentra fuertemente estructurada por la secuencia temporal. Sin embargo, como se verá, en *La pasión según Trelew*, el orden en que se despliegan los acontecimientos no es cronológico, sino que se subordina a la particular perspectiva del narrador. Al igual que otros testimonios intelectuales, “el registro puntual y minucioso busca precisar y rescatar los contornos borrosos de los acontecimientos fundando una defensa personal contra el olvido” (Nofal: 2002, 62-63).

La primera intención de este libro es desafiar esa impunidad. En un país donde los idealistas son mártires y los réprobos viven sin castigo, la memoria del pueblo siempre será más larga que las astucias de quienes lo reprimen. Y si las páginas que siguen no contribuyen a derrotar las arbitrariedades del poder, al menos contribuirán a que no se las olvide (20-21).

El tramado de los hechos se realiza a través de la inclusión y el cruce de diferentes géneros discursivos: cartas personales entre los guerrilleros fusilados y sus familiares, entrevistas, crónicas periodísticas, encuestas, canciones, actas de la Asamblea Popular realizada en Trelew, conferencias de prensa de los guerrilleros fugados de la cárcel de Rawson, y otros documentos variados, como las declaraciones judiciales de los tres sobrevivientes de la masacre, las listas de los guerrilleros asesinados en Trelew y de las personas ilegalmente detenidas en Trelew, Rawson y Puerto Madryn.

La evidencia documental es abundante; también lo son las voces que intervienen en la reconstrucción de los hechos. La confrontación de las diferentes versiones da lugar a una narración dialógica (Bajtin: 1986).<sup>23</sup> Esto no implica, sin embargo, que la voz narrativa no asuma una perspectiva claramente identificable. El narrador, en tanto cronista, no sólo organiza los documentos dispersos, sino

que explica, comenta e interpreta los hechos. Su función excede la de “transcriptor”, en tanto impregna el relato de valoraciones. De modo semejante al entrevistador de *La patria fusilada*, se permite esbozar hipótesis y delinear reflexiones.

*Sabían que toda fuga era imposible*, que no podían ni siquiera pensar en ella hasta que no los sacaran de esa guarnición con novecientos hombres en estado de alerta y dos kilómetros de campo por cubrir hasta la carretera de Madryn-Trelew (...).

Pero esos detalles ya no importan. Sólo sirven para reconstruir la parte más opaca de la historia, los movimientos sin sentido que tan a menudo son en la vida de los seres humanos el preludio de la muerte (115).<sup>24</sup>

Mediante la inclusión de los documentos, el narrador investigador muestra la validez de sus afirmaciones y la falsedad de las informaciones de los diarios oficialistas. Incorpora a estas últimas con el fin de desmentirlas e impugnarlas. En el segmento denominado “Las versiones oficiales” presenta extractos de crónicas periodísticas y muestra las ilegalidades y contradicciones sobre las que éstas se sustentan.<sup>25</sup> La impunidad con que actúa el gobierno militar queda mostrada en la evidencia documental.

Aquí, como en *La patria fusilada*, la lectura de la realidad opera mediante binarismos. El narrador delinea personajes heroicos y verdugos. Mediante las diferentes voces incorporadas en el relato, va definiendo un sistema de oposición entre un “nosotros” –los presos políticos del penal de Rawson, los ciudadanos de Trelew–, y un “ellos” –los carceleros, los militares–. En el segmento denominado “Trelew”, esta oposición aparece claramente delimitada.

A fines de 1971, los de afuera y los de adentro ya habían formado una comunidad que veía el mundo de la misma manera: eran seres afines pero a la vez eran diferentes. Por eso se entendían. Los que no podían entender ese lenguaje secreto eran los otros, los carceleros (41-42).<sup>26</sup>

Del lado de los “otros” están los periodistas oficialistas y la justicia, cómplices del terrorismo de Estado. Del de “nosotros”, el ciudadano que defiende sus derechos y no se deja avasallar por el poder impune; también el periodista que, en búsqueda de la verdad, se anima a refutar las versiones oficiales.

A diferencia del testimonio de Urondo, en *La pasión según Trelew*, la verdadera heroicidad no reside en los guerrilleros, sino en los ciudadanos que se animaron a “tomar la palabra” para no convertirse en cómplices del régimen. Desde la perspectiva del narrador, no existen términos medios: “O Trelew resistía o se transformaba en un cómplice del régimen” (178). Más que la lucha armada, la solidaridad y la unión son las armas que el cronista reivindica para ganar al poder. Las acciones del pueblo contrastan con las de los guerrilleros; éstas conducen a la derrota y a la muerte;<sup>27</sup> aquéllas, al triunfo. La movilización popular aparece en el relato como ejemplar. Los ciudadanos no sólo no son reprimidos, sino que logran el objetivo por el cual empezaron a movilizarse, la liberación de las diecisiete personas detenidas en la cárcel de Villa Devoto. En el relato, son también las voces del pueblo quienes ejercen sentencia e imparten castigo a los ejecutores de la matanza de Trelew.

Durante los días posteriores a la matanza corrieron por Trelew historias que la gente no se animaba a creer del todo. (...) En el barrio de la marina, un comerciante vio a Sosa bajar por una calle en pendiente cantando la marcha *Aurora* con la lengua amortiguada. En la confitería Apolo 11, un

militante radical dijo que Sosa recorría los bares de la avenida Hipólito Irigoyen después de la medianoche y que entraba en ellos disparando una ametralladora inexistente hacia las sombras. Y que a veces, cuando se le disipaba la borrachera, se ponía a llorar (164-165).

La consigna con la que el narrador parece identificarse es la que pronuncia Jorge Galina, un radical que había sido, en 1958, el primer gobernador de Chubut:

(...) si los pueblos aprenden a movilizarse y pelear, ya nunca más retroceden (178).

Como en la experiencia del periodista investigador, el relato muestra que los hechos transcurridos en Trelew produjeron un punto de inflexión en la historia de la ciudad a partir del cual “la gente no era ya la misma ni volvería a serlo” (43). Una vez que la violencia “ha salpicado las paredes” (Walsh: 1994, 18-19), la indiferencia y la vida apacible resultan absurdos que no se saben pensar. Desde la perspectiva del narrador, es éste el legado del pueblo de Trelew.

## Conclusiones

Los textos examinados en este trabajo muestran núcleos comunes que los vinculan al corpus testimonial sobre el golpe militar desplegado en el Cono Sur de América Latina. Ambos se presentan como escrituras portadoras de la verdad que ha sido silenciada por la historia oficial. Mediante la apelación a la figura de los testigos y al documento, buscan “precisar y rescatar los contornos borrosos de los acontecimientos fundando una defensa personal contra el olvido” (Nofal: 2002, 62-63). En tanto testimonios intelectuales, la restitución de la memoria de los hechos se orienta a denunciar la violencia del Estado sobre los individuos. En ambos, la escritura testimonial se erige como práctica de resistencia: la construcción de una “otra historia” se opone al silencio impuesto por el régimen y a la complicidad de la justicia.

Sin embargo, entre ellos pueden reconocerse diferencias significativas, tanto desde el punto de vista de las convicciones ideológicas que los sostienen como desde el espacio de las vivencias que relatan.<sup>28</sup> Como señalamos, en *La patria fusilada*, el registro testimonial se liga a estrategias de lucha revolucionaria. Estructurado como entrevista, constituye un testimonio de la militancia. La reconstrucción de los hechos se realiza desde una posición ideológica claramente identificable. Los sobrevivientes se delinean como héroes, sujetos con clara conciencia revolucionaria, cuyas acciones están amparadas por el pueblo y justificadas por un fin último: la liberación de toda una nación. La voz del testigo, actor y protagonista de los sucesos expuestos, da lugar a un discurso en el que no está permitida la duda. En cuanto a la posición del intelectual, la enunciación echa abajo la idea de que el entrevistador se presenta como conciencia objetiva y neutral. En sus intervenciones no sólo interroga a otros sujetos, sino que enuncia estimaciones y esboza interpretaciones. Inevitablemente, el comentario emerge; la toma de partido es ineluctable.

En *La pasión según Trelew*, la escritura testimonial se activa, en cambio, como una investigación. Mediante la recolección de documentos (las pruebas) y el cruzamiento de datos, el periodista investigador esboza hipótesis que refutan la versión oficial de los sucesos. También aquí, como en *La patria fusilada*, el núcleo de la escritura es la memoria, pero la dirección en que ésta se restituye es diferente. En el texto de Tomás Eloy Martínez, la reconstrucción de los hechos no funda una memoria de la militancia, sino que restablece la historia del alzamiento popular. La ejemplaridad, por tanto, no se

desprende de las acciones de los guerrilleros, sino de las realizadas por los ciudadanos de Trelew. La confrontación de diferentes voces a lo largo del relato origina una narración dialógica que no excluye, sin embargo, la operación de lectura de la realidad mediante binarismos. El narrador, en tanto intelectual, busca una interpretación; su figura no se identifica con la del mero transcriptor de los hechos. La perspectiva que imprime al relato evidencia un mayor distanciamiento de los hechos que la que expresa el entrevistador de *La patria fusilada*. Desde un presente distante de los acontecimientos narrados, se presenta como la conciencia que, por un lado, organiza las voces y los fragmentos dispersos de la historia de la matanza, y, por otro, los evalúa en función de su hipótesis de partida. Como el periodista/detective justiciero de *Operación Masacre*, aspira a que su denuncia provoque cambios en el espacio jurídico, que “actúe”. A diferencia de aquél, sin embargo, considera que ha triunfado aun cuando no haya logrado desafiar la impunidad.

Como hemos podido observar, desde el espacio intelectual se entraman la palabra y la acción, tanto en *La patria fusilada* como en *La pasión según Trelew*. En ambos textos, la escritura cobra también otra significación: la de triunfar sobre la muerte. No sólo implica la denuncia, sino que es un modo de preservar los hechos en la memoria, “conjurando” el horror a través de los textos que tanto Urondo como Tomás Eloy Martínez nos legan.

## NOTAS

<sup>1</sup> Estos núcleos son, entre otros, la postulación de la escritura como “historia verdadera”; el “efecto de realidad” o el “efecto de oralidad-verdad” delimitado por Achugar (1992) como la “permanencia o huella de la oralidad” que “permite generar en el lector la confianza de que se trata de un testimonio auténtico” (63); la apelación a la figura de un testigo que ha participado directamente de los acontecimientos o los ha presenciado (Nofal: 2002); la construcción del testimonio como una “otra historia” (Achugar: 1992), opuesta a la historia oficial.

<sup>2</sup> Tanto Achugar (1992) como Nofal (2002) señalan el deseo de construir una verdad como una de las marcas más importantes de la escritura testimonial.

<sup>3</sup> El suceso desencadenante fue la matanza de dieciséis guerrilleros perpetrada por el poder militar en la base naval de Trelew. El otro hecho, rescatado por el texto de Tomás Eloy Martínez, se refiere al alzamiento de la ciudad contra el poder militar y la instauración de una comuna.

<sup>4</sup> Todas las citas corresponden a la edición de 1973. Buenos Aires: Crisis.

<sup>5</sup> La acción fue planeada como una fuga masiva, pero sólo lograron escapar veinticinco reclusos, de los cuales a su vez únicamente seis alcanzaron el objetivo final: llegar al aeropuerto de Trelew y tomar el vuelo BAC 111 de la compañía Austral rumbo a Puerto Montt, en Chile. Los diecinueve guerrilleros fugitivos que no alcanzaron el vuelo, ocuparon el aeropuerto de Trelew y se entregaron bajo la condición de que fueran devueltos al penal de Rawson. Esto no se cumplió y en su lugar fueron llevados a la base marina de Trelew, donde se produjo la masacre. Días después del arribo al penal, oficiales de la Marina, bajo pretexto de un intento de fuga por parte de los presos, dispararon contra ellos. A la cabeza de la operación estuvieron el teniente de corbeta Guillermo Roberto Bravo y el capitán Luis Emilio Sosa. De los diecinueve reclusos, sólo sobrevivieron tres: María Antonia Berger y Alberto Miguel Camps, ambos militantes de las FAR, y Ricardo René Haidar, de Montoneros.

Los guerrilleros asesinados fueron: Carlos Heriberto Astudillo, Rubén Pedro Bonet, Eduardo Adolfo Capello, Mario Emilio Delfino, Alberto Carlos del Rey, Alfredo Elías Kohon, Clarisa Rosa Lea Place, Susana Graciela Lesgart, José Ricardo Mena, Miguel Ángel Pólit, Mariano Pujadas, María Angélica Sabelli, Ana María Villarreal de Santucho, Humberto Segundo Suárez, Humberto Adrián Toschi, Jorge Alejandro Ulla.

<sup>6</sup> De acuerdo con los datos proporcionados por Pablo Montanaro (2003), Urondo es acusado de integrar el grupo guerrillero que había asesinado al Teniente Gral. Juan Carlos Sánchez y al Contraalmirante Emilio Rodolfo Berisso, y permanece preso en la penitenciaría de Villa Devoto durante el período extendido entre el 14 de febrero de 1973 y el 25 de mayo del mismo año.

La fecha correspondiente al ingreso de Urondo a la cárcel resulta, sin embargo, confusa. De acuerdo con la versión del propio Urondo explicitada en *La patria fusilada*, su entrada a la prisión se produce el día 22 de febrero y no el 14, como afirma Montanaro.

<sup>7</sup> Tanto el libro de Urondo como el de Tomás Eloy Martínez desmienten la versión gubernamental, según la cual el asesinato de los guerrilleros fue una respuesta “espontánea” de los oficiales de la base al intento de fuga iniciado por el

prisionero Mariano Pujadas. A partir de los testimonios de los sobrevivientes y de las evidencias documentales, ambos textos muestran que los asesinatos ocurridos en Trelew no fueron muertes accidentales, sino una masacre planificada.

<sup>8</sup> En efecto, sus enunciaciones están plagadas de expresiones valorativas: “Me parece exagerada la apreciación”; “Creo que Uds...”; “Entiendo que...”; etc.

<sup>9</sup> Las cursivas son del autor.

<sup>10</sup> Utilizo este término en el sentido asignado por Mijail Bajtin en *Problemas de la poética de Dostoievski*, Cap. IV, “El género, el argumento y la estructura en las obras de Dostoievski” (1986).

<sup>11</sup> Esta es la conferencia que los prisioneros evadidos de Rawson ofrecieron cuando coparon el aeropuerto de Trelew, el 15 de agosto de 1972. Fueron designados para hablar Bonet por el ERP, Pujadas por Montoneros y Berger por las FAR.

<sup>12</sup> En relación con la caracterización de los personajes, Nofal señala el tema del heroísmo como una constante de los relatos testimoniales.

<sup>13</sup> “F.U.: ¿Cómo fue el clima de trabajo en las horas anteriores a que se largara la operación?

R.R.H.: Bueno, ahí se hicieron las más diversas tareas, desde mecánico, afilador, en grado de oficial hasta costurero” (30). Las cursivas son del autor.

<sup>14</sup> Las cursivas son del autor.

<sup>15</sup> Ver M. Bajtin (1986: cap. V, “La palabra en Dostoievski”).

<sup>16</sup> “R.R.H.: (...) El oficial Sosa, que estaba con la pistola lo mismo que Bravo, la sacó y, amartillándola, me apunta a la cabeza y me dice “Si no apoyás la barbilla contra el pecho, te pego un tiro”; “yo lo cumplí y él se retiró” (97).

<sup>17</sup> Las cursivas son del autor.

<sup>18</sup> Todas las citas corresponden a la edición de 1997. Buenos Aires: Planeta-Espejo de la Argentina.

<sup>19</sup> La postulación del narrador de *Operación Masacre* como periodista investigador pertenece a Ana María Amar Sánchez (1992).

<sup>20</sup> La operación de reconstrucción de la experiencia pasada en el relato testimonial puede ser pensada a partir de los elementos aportados por Elizabeth Jelin (2002) respecto de la restitución de las vivencias de sobrevivientes de situaciones límites. Para esta autora, la posibilidad de construcción de la memoria implica regresar al pasado vivido, pero no en forma de una inmersión total; “regresar a la situación límite, pero también regresar *de* la situación límite. Sin esta posibilidad, que significa salir y tomar distancia, el testimonio se torna imposible” (95).

Para Jelin, la memoria debe incorporar la vida del presente, del después, en ese retorno. “Una parte del pasado debe quedar atrás, enterrado, para poder construir en el presente una marca, un símbolo, pero no una identidad (un revivir) con ese pasado” (94).

<sup>21</sup> Sigo en este punto las conceptualizaciones de Michel de Certeau expuestas en *La escritura de la historia* (1993). Para el autor, la disciplina historiográfica se constituye como discurso mediante “el procedimiento que niega la pérdida, concediendo al presente el privilegio de recapitular el pasado en un saber” (19). “El discurso se apoya también sobre la muerte, a la cual postula, pero que es contradicha por la práctica histórica. Porque hablar de los muertos es al mismo tiempo negar la muerte y casi desafiarla” (62).

Encontramos puntos de contacto entre la propuesta del testimonio como “narrativa de la memoria” desplegada por Jelin (2002) y la postulación de la disciplina historiográfica como trabajo con/contra la muerte, elaborada por de Certeau (1993). En ambos casos, se trata de prácticas discursivas que hacen del pasado el objeto de su saber, y al obrar así, dan lugar a la producción de un intercambio entre vivos.

<sup>22</sup> Bajtin (2002) define a los géneros discursivos como tipos relativamente estables de enunciados, diferentes formas del uso de la lengua, que se instituyen en cada una de las esferas de la actividad humana.

Para la delimitación de la crónica histórica ver Walter Mignolo, “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista” (1982), y Hyden White, *Metahistoria* (1972).

Respecto del concepto de crónica periodística, ver, entre otros, Ana Atorresi, *Los géneros periodísticos* (2000), y *La crónica periodística* (1994).

<sup>23</sup> Como Bajtin señala, en este tipo de discurso se puede dar cuenta de la totalidad sin reducirla a una “conciencia que objetivamente abarque las otras, sino como la total interacción de varias, sin que entre ellas una llegue a ser el objeto de la otra” (1986, 33).

<sup>24</sup> Las cursivas son mías.

<sup>25</sup> “La tercera es casi una confesión. Por sus gravísimas culpas, dijo Laroca, los guerrilleros merecían reclusión perpetua o la pena de muerte. Esta última pena no existe en el código civil de la justicia argentina. Laroca parecía estar justificando un castigo que ya había sido impuesto, sin que hubiera juicio ni defensa La moral que el poder militar impondría a la Argentina cuatro años después se prefigura netamente en esa frase.” (151). Las cursivas son del autor.

<sup>26</sup> De acuerdo con lo relatado por Tomás Eloy Martínez, desde 1971 cada preso del penal de Rawson tenía un ciudadano protector en Trelew, el cual figuraba oficialmente como “apoderado”. La solidaridad de los habitantes de Trelew con los presos es lo que origina en 1972, después de la masacre, el atropello y la detención de muchos de los ciudadanos, y su traslado a la cárcel de Villa Devoto, acusados de ser cómplices de los guerrilleros fugados.

<sup>27</sup> “Más tarde tuve tiempo de observar uno por uno a los guerrilleros, (...), mientras iban saliendo por una puertita lateral, como en el teatro, y cantando sus nombres y el de sus organizaciones delante del micrófono que les tendía el reportero. La escena era muda. Al adelantarse, el camarógrafo había desconectado sin darse cuenta el micrófono y los fugitivos ahora vencidos le hablaban al vacío, mira ban limpiamente hacia adelante, como si los espectadores, del otro lado del objetivo, fueran en realidad la muerte” (83-84).

<sup>28</sup> Estos dos elementos son señalados por Nofal (2002) al momento de postular un corpus testimonial sobre la experiencia de la dictadura altamente diversificado.

## Bibliografía Citada

### Obras estudiadas

Martínez, Tomás Eloy (1997). *La pasión según Trelew*. Buenos Aires: Planeta-Espejo de la Argentina.

Urondo, Francisco (1973). *La patria fusilada*. Buenos Aires: Crisis.

### General

Achugar, Hugo (1992). "La historia y la voz del otro". En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XVIII, N° 36, segundo semestre, pp.49-71.

Amar Sánchez, Ana María (1992). *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*. Rosario: Beatriz Viterbo.

Atorresi, Ana (1994). *La crónica periodística*. Buenos Aires: Tlon.

----- (2000). *Los géneros periodísticos*. Buenos Aires: Colihue.

Bajtin, Mijail (1986). *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: Fondo de Cultura económica.

----- (2002). "El problema de los géneros discursivos". En *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 248-293.

Barnet, Miguel (1977). *Biografía de un cimarrón*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Benjamin, Walter (1989). "Tesis de filosofía de la historia". En *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus, pp. 175-191.

De Certeau, Michel (1993). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.

Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Montanaro, Pablo (2003). *Francisco Urondo. La palabra en acción-Biografía de un poeta y militante*. Rosario: Homo Sapiens.

Mignolo, Walter (1982). "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista de América". En Iñigo Madrigal (comp.), *Historia de la literatura latinoamericana*, Madrid: Cátedra, pp. 57-116.

Nofal, Rossana (2002). *La escritura testimonial en América Latina. Los imaginarios revolucionarios del Sur. 1970-1990*. Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras.

Viezzer, Moema (1977). *Si me permiten hablar... Testimonio de Domitila Barrios, una mujer de las minas de Bolivia*. México: Siglo XXI.

Walsh, Rodolfo (1994). *Operación Masacre*. Buenos Aires: Planeta-Espejo de la Argentina.

White, Hyden (1972). *Metahistoria*. México: Fondo de Cultura Económica.

Yúdice, George (1992). "Testimonio y concientización". En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XVIII, N° 36, pp. 207-227.